

Crisis, recorte y educación

FÉLIX TORRES RUBIO / Profesor de Matemáticas. Director de Instituto de Enseñanza Secundaria y Presidente de la Fundación Educación y Ciudadanía

Hace 43 años tuve la fortuna de poder realizar con mis padres un viaje a Alemania para reencontrarnos con familiares exiliados por culpa de la guerra civil. Mi familia era más bien humilde, y el viaje solo lo pudimos hacer gracias a que mi madre era experta en *hacerle dobladillos a un sueldo que no alcanza a final de mes*, como decía Serrat en una de sus mejores canciones. A mis 15 años pude descubrir la realidad de un mundo impensable para un adolescente cuyas únicas coordenadas hasta entonces eran las de la rancia España de mediados de los años 60 (pero eso lo supe más tarde). Para mí supuso un antes y un después precisamente en una edad en la que uno está en pleno proceso de maduración, conformando su personalidad y su ideología. Volví varias veces después, en aquellos autobuses de Iberbus que tardaban en llegar dos días y tres noches, llenos de emigrantes españoles. Más que el nivel de riqueza, que también, me llamó mucho la atención la limpieza, el orden, que las cosas funcionaban cuando estaba previsto, que el autobús llegaba a la hora que ponía en la parada (porque lo ponía), el metro con acceso directo sin tornos ni vigilantes porque allí nadie se colaba, el policía firme en una esquina vigilando por si había algún problema, pero sin molestar a nadie, la presunción de inocencia como ciudadano, la palabra creída a priori y tantas y tantas sensaciones; Centroeuropa se convirtió para mí, como para tantos, en el modelo a imitar. Esa realidad palpable resultaba la evidencia de que también para España otro mundo debía ser posible y que nuestros anhelos no eran utopías de romántico soñador. Había que hacer de España un país más moderno, más educado, más libre y en el que el marco de convivencia fuera, lo que luego supe que se llamaba, el Estado de Derecho. Cada vez que cruzaba la frontera de vuelta, no sentía especialmente que volvía a un país más pobre, más desordenado, más chapucero, más atrasado, me invadía sobre todo una sensación escalofriante de perder la dignidad de ciudadano.

Mucho han cambiado las cosas desde entonces, y la enorme distancia que existía en todos los ámbitos entre estos dos países se han reducido significativamente. La enorme transformación que ha sufrido (en el buen sentido) este país desde la llegada de la democracia, el ingreso en Europa y sus instituciones, el boom económico de los años 80, en buena parte debido a la reconversión industrial, a la modernización de las estructuras productivas, al impulso de la educación y también, en gran medida, por la enorme cantidad de dinero que nos llegaba de Europa, supuso un paso de gigante en el acercamiento a los estándares de nuestros vecinos europeos. Pero, siempre hay un pero, una evolución tan rápida produce efectos colaterales. A este país le estallan las costuras (afirmó en una ocasión Felipe González), y como ocurre en el vientre de las embarazadas, el aumento rápido de volumen produce tras el parto algunas estrías.

El odio al autoritarismo nos hizo caer en un desprecio por la autoridad,

“Es necesario reinventar el futuro, articular un nuevo orden mundial más equilibrado y sostenible”

de la falta de derechos pasamos sin solución de continuidad a creernos con derecho a todo por el mero hecho de existir (olvidando que para poder exigir un derecho previamente ha habido que cumplir con los deberes). Un cierto servilismo y complejo de inferioridad hacia el extranjero se tornó en una especie de chulería arrogante y soberbia. Educamos a nuestros hijos en la abundancia para que no les faltara lo que nos faltó a nosotros, y se nos olvidó que en paralelo había que enseñarles a no confundir valor y precio, olvidamos enseñarles que las cosas se consiguen con esfuerzo y trabajo, incluso les dijimos que había que aprender divirtiéndose, inmersos en una filosofía rousseaumiana, montessoriana o de pedagogía blandita (como otros denominan); olvidando que por mucho que se trabaje la motivación, el aprendizaje tiene mucho de método, de disciplina y de esfuerzo. De repente nos vimos inmersos en una fiebre desmesurada de desarrollismo, de consumismo, de idolatría al placer inmediato, nos dejamos empapar de la cultura del pelotazo, de una inmoral especulación que acabó impregnando también al ciudadano medio. Rápidamente nos hicimos un país de nuevos ricos inmersos en una espiral de adoración al becerro de oro, de caprichos innecesarios, compramos coches mucho más potentes de lo que necesitábamos, se dispararon las ventas de los 4x4 que nunca pisaron un camino rural, dejamos de participar en las instituciones, en los partidos políticos y en los sindicatos; ya éramos ricos. No hicimos caso a tiempo de tantas voces que anunciaban que esto tiene un límite y que “algún día estallaríamos” y continuamos ciegamente en una huida hacia delante creyendonos Alemania y olvidando que hacía poco era allí donde emigraron nuestros padres. Hace ya muchos años el entonces ministro Carlos Solchaga recibió no pocas críticas por afirmar que estábamos viviendo por encima de nuestras posibilidades. Esto no podía continuar así toda la vida, a esta sociedad del despilfarro y la sobreabundancia se

unieron los excesos y la voracidad insaciable y no controlada de los mercados financieros (¿o quizá son partes de un mismo todo?). La globalización de los mercados (que no de los gobiernos) y de las comunicaciones en tiempo real (Internet) son incompatibles con un mundo en el que el 80% de la riqueza la disfrutamos el 15% de la población (que cada cuál corrija estas cifras como guste). La crisis estaba servida. El *status quo* derivado de la Segunda Guerra Mundial parece que toca a su fin y es necesario reinventar el futuro, articular un nuevo orden mundial más equilibrado y sostenible. Sin tiempo para la reflexión ni para elaborar la nueva *hoja de ruta*, esos mismos mercados financieros que hemos salvado con nuestros impuestos nos exigen ahora un recorte urgente del gasto y de la deuda que ellos mismos (y la falta de gobernanza), han producido. Las medidas urgentes que están adoptando la mayoría de los países son más o menos parecidas y, como siempre, se recorta por lo más fácil: recortes sociales, recortes salariales a los funcionarios y congelación de las pensiones. Me preocupa la pasividad y la complacencia de no pocos con la que se está recibiendo el recorte salarial de los funcionarios. Es difícil quejarse de estos recortes al funcionariado cuando se piensa en el nivel de paro existente y que en la situación actual, disponer de un trabajo *seguro* es un lujo que muchos envidian, pero conviene recordar que los funcionarios no tienen derecho a la negociación colectiva y sus salarios vienen marcados por los presupuestos generales ajustados al IPC previsto y sin cláusula de revisión salarial por desviaciones de la previsión de ese IPC, lo que supone que

sus incrementos retributivos vienen estando desde hace años por debajo de la media de los incrementos derivados de los convenios colectivos, es decir, los funcionarios vienen perdiendo posición relativa. Pero lo que más me preocupa es el trasfondo de la pasividad con que la sociedad recibe estos recortes al funcionariado. La imagen del funcionario que todos hemos leído en los chistes de Forges no responde a la realidad (aunque sin duda es necesaria una mejora y modernización del estatus funcional), los funcionarios son, por su cometido y por su sistema de selección por oposición, una garantía de pluralidad y de que las administraciones presten el servicio que les corresponde. La palabra funcionario tiene aquí ciertas connotaciones peyorativas heredadas del pasado, si bien en otros países se les llama por su nombre: “servidores públicos”, término mucho más digno y más ajustado a su función. No debemos olvidar que funcionarios y empleados públicos son los cuerpos de seguridad del estado, los médicos y enfermeras, los profesores de nuestros colegios, institutos y universidades, y tantas otras profesiones indispensables para el buen funcionamiento de un país. Menos funcionariado significa menos servicios prestados directamente por las administraciones, menos Estado, y por tanto mayor privatización y mayor sometimiento a las reglas del mercado, y ya estamos viendo en esta crisis las consecuencias del canto al libre mercado.

Como se ha dicho, los recortes al funcionariado afectan, entre otros, a los profesores. A la frustrada carrera docente de 1987-1988, le siguieron las congelaciones salariales de principios

de los 90, la eliminación de la cláusula de revisión salarial del 96, la carencia de un Estatuto de la Función Docente que no acaba de llegar y ahora este nuevo recorte de un 6% (aprox.) para los maestros y un 7% para los profesores de Secundaria y Universidad. Estos recortes no solo afectarán al profesorado funcionario, en breve veremos como el profesorado de la enseñanza concertada se verá afectado igualmente por la vía de la no revisión de tablas salariales, la modificación (a la baja) de los convenios, o cualquier otro mecanismo, pues sus retribuciones, según la LODE, tienen como referencia la de los funcionarios docentes. Es decir, el 94% del profesorado se verá afectado por el recorte, sea funcionario o no. Además de los recortes salariales al profesorado, ya se anuncian recortes en gastos corrientes de los centros y reajustes (a la baja) de las plantillas, así como recortes en programas de compensación educativa y otros. ¿Cómo quedarán las inversiones previstas antes de la crisis para proyectos de futuro de mejora de la educación?

Vientos corren que reclaman una prolongación de la vida laboral, y con ellos parece que las jubilaciones anticipadas del profesorado pasarán a formar parte del baúl de los recuerdos. No es este un asunto menor. Si bien en el actual contexto cuesta trabajo reclamar el mantenimiento de las jubilaciones anticipadas para los docentes, no es menos cierto que los retos a los que se enfrenta el sistema educativo exigen una renovación de las plantillas que corrija por una parte el cada vez mayor salto generacional entre los profesores y sus alumnos, y por otra el cada vez mayor desfase tecnológico de tantos profesores que a finales de los años 70 y principios de los 80 volcamos todo nuestro trabajo e ilusión por expandir, mejorar y modernizar la educación, pero a los que 30 años después nos resulta muy difícil seguir el ritmo de exigencia de las Nuevas Tecnologías y la complejidad de las nuevas generaciones de alumnos. El sistema educativo necesita de savia nueva y de un profesorado con una fuerte y consistente formación inicial, de la que los más viejos carecimos en su día y que tuvimos que suplir a base de voluntarismo, ilusión y experiencia adquirida a lo largo de los años de ejercicio.

¿Cuántas veces han dicho (y dicen) nuestras leyes que la mejora de la educación pasa por un refuerzo y mejora del profesorado? Una vez más, el profesorado deberá esperar esas medidas de dignificación de la función docente, tan reiteradamente anunciadas. Al parecer, por una u otra causa, nunca llega el momento del profesorado. No nos debe extrañar la sensación de desencanto más o menos generalizada en el profesorado. Todos coinciden en que uno de los elementos fundamentales para dibujar el futuro post-crisis es la educación. Es necesario ajustar los sistemas educativos a los nuevos requerimientos de una sociedad y de un sistema productivo vertiginosamente cambiante, para conseguir una mayor competitividad mediante un mayor “valor añadido del capital humano”. Las medidas que se están adoptando no van en esta dirección y, por tanto, difícilmente podremos esperar que la educación sea uno de los motores que ayuden a dibujar el futuro que deseamos.

